

Cómo es para unos placidez la vida, pero cómo es trágico el dolor de los humildes

Navidad. Año Nuevo. Felicitaciones. Obsequios. Concursos de belleza. Fiestas. Bailes. Alegría.

Sirve todo esto para que unos sientan cómo es de plácida la vida; y para que sea más hondo, más trágico el dolor de los humildes, de los desposeídos, de las grandes e indefensas mayorías que van por el mundo con el fardo de su miseria a cuestas.

Niños descalzos, pálidos, harapientos, en cuyos tiernos rostros no hay lugar para que florezca una sonrisa, se detienen frente a las vitrinas atestadas de juguetes.

Piensan que porque son buenos y trabajadores, sumisos y obedientes, el niño Dios se acordará de ellos. ¡Aquel tren! ¡Aquella corneta! ¡Aquel aeroplano! ¡Aquella espada!

Pero llega el 24 de diciembre y nada encuentra debajo de la cama el hijo desnutrido del trabajador, del hombre honrado que está aumentando con su ruda faena los bienes del amo que lo explota. Desolación y llanto. La madre enferma. Torturado el padre.

Risas infantiles en el vecindario. Palmoteos. Acude el niño pobre al són de una corneta. La que vió en la vitrina. Es la casa del que ha podido hacer una fortuna. ¡Allí también están la espada, el tren, el aeroplano!

Desde pequeño persigue la injusticia social al que nació sin heredad. Desde pequeño sufre y llora y se atormenta el hijo del proletario. Desde pequeño es víctima de las minorías que festejan el nacimiento de Jesús bailando en cabarets de lujo, tirando el dinero a manos llenas, en tanto carecen de lo estricto quienes todo lo producen en la fábrica, en el campo, en el taller, en la oficina.

Navidad. Año Nuevo. Cristo en pañales. José y María. La miseria del pesebre. Injusticia. Crueldad. Riqueza. Pobreza. Alegría. Dolor. Tortura mental. Pero, sobre todo, tortura inenarrable del corazón.



Yo también canto América

Por RAFAEL ALBERTI

Especial para *Liberación*

Yo también canto América.
LANGSTON HUGHES.

Tú mueves propiedades en tu cielo,
astros que son verdad, estrellas tuyas,
planetas confiscados, que en la noche
pasan gimiendo un rastro de cadenas.

Mueves bosques con hojas como círculos,
puertas verdes al sueño de los pumas,
bosques que marchan, selvas que caminan
invadiendo la sombra de raíces.

En tu entraña, piquetas y explosiones
dan a luz en lo oscuro nuevos ríos,
puestos al sol por hombres expropiados
a tu matriz herida y desangrada.

Ellos son, deben ser, y no los otros,
los que arañen sus manos en tus grietas,
los que tenaz descuelguen su desvelo
en tus ocultas venas sacudidas.

Tú no eres un cadáver extendido
de mar a mar, velado por palmeras.
Tú estás de pie, la sangre te circula,
pero entre dos orillas de fusiles.

Ni siquiera eres dueña de tus noches,
insultada en los bares y cantinas,
noches con ojos indios impasibles
por los que pasan flechas vengadoras.

Yo he visto Panamá desde las nubes
como albos continentes viajeros,
de norte a sur y comprobando el Istmo
sobre una larga zona de uniformes;

la flor del mar Pacífico, entrevista
como una cresta roja de mi infancia,
gritando, muda, por tus litorales
de azúcar y café, pero invadidos;

jacales y bohíos limosneros
que intentan vagamente ser aldeas,
con raigones en tierras que son suyas
y recelos de canes arrojados.

Oigo un clamor de pumas y caimanes,
de idiomas dominados a cuchillo,
de pieles negras atemorizadas,
entre un sordo rencor que se unifica.

Despierta, de improviso, en esa hora
que el terremoto verde de tus bosques
a tientas reconstruye con sonidos
los escombros nocturnos de sus ramas.

Despiértate, y de un salto reconquista
tu subterránea sangre de petróleo,
brazos de plata, pies de oro macizos,
que tu existencia propia vivifiquen.

Va a sonar, va a sonar, yo quiero verlo,
quiero oírlo, tocarlo, ser su impulso,
ese sacudimiento que destruya
la intervención armada de los dólares.

Las estrellas verdad se confabulen
con tu robado mar, la tierra, el viento,
contra esas trece bandas corrompidas
y esa Company Bank de estrellas falsas.